

PSICOTERAPIA: ASPECTOS METODOLÓGICOS, CUESTIONES CLÍNICAS Y PROBLEMAS ABIERTOS DESDE UNA PERSPECTIVA POSTRAZIONALISTA

Vittorio Guidano
Centro Terapia Posrazionalista
Via Marcoantonio Colonna, 60. 00192 Roma.
vguidano@mail.nexus.it.

INTRODUCCION

La finalidad de esta comunicación es considerar aquellos temas abiertos o controvertidos en el constructivismo actual, pero especialmente en relación a sus implicaciones psicoterapéuticas. El constructivismo actual es una área que, por una parte, se ha ido convirtiendo en algo cada vez más popular, pero que, por otra, en su interior no se halla suficientemente diferenciada, ni es suficientemente homogénea, razón por la cual existen aspectos controvertidos sobre algunas cuestiones básicas que influyen ampliamente sobre los distintos métodos terapéuticos en el seno del propio constructivismo. Me gustaría referirme en esta comunicación a tres temas principales con sus repercusiones sobre el campo terapéutico. El primero hace referencia al tema del self; el segundo al del significado y el tercero a la manera de entender las narrativas, dada la importancia y la popularidad que las narrativas están alcanzando en estos últimos años.

El self

Empecemos por el primer tema: el problema del self. Es éste un problema bastante evidente, como ha subrayado Bob Niemeyer (1995) en el libro editado por él y Mahoney. Si dirigimos una mirada al mundo constructivista actual existe la idea de que hay dos polaridades, dos modalidades principales relativas a la concepción del self: el verlo como un proceso unitario o centralizado y el de verlo como un proceso más fraccionado, como el resultado de una trama de conversaciones.

Creo que a propósito de este tema existe confusión respecto a concebir el self como un proceso o como una entidad. Me doy cuenta de que hoy ya casi nadie lo considera como entidad en el sentido tradicional, racionalista, cartesiano del

“*cogito ergo sum*”: es decir como un self sin contexto, un self impersonal, el self como un constructo o entidad central. Esta visión hoy día se puede decir ciertamente que ya no existe. Pero, a mi juicio, incluso en aquellos autores que sostienen una concepción del self fragmentado, como cruce de conversaciones, se puede ver esta tendencia de decontextualizar al self, de sacarlo de su contexto personal. Por ejemplo: me refiero a un autor, Mascolo, bien conocido por otra parte en el mundo constructivista que dice literalmente:

“*Si bien el self es inherentemente fragmentario, su desarrollo se produce en la dirección de una integración progresivamente creciente*”. (Mascolo y Fischer, 1998).

Me parece que, incluso en aquellos autores que plantean una concepción del self fragmentario, surge la exigencia de invocar de alguna manera una capacidad de integración que lo hace desarrollar de una manera unitaria, aunque parezca a veces que esta capacidad de integración salga de la nada o se dé por supuesta. Existe pues una tendencia a ver el self como correspondiente o equivalente a los “ingredientes” o estructuras de la mente: el self como memoria, como percepción o como razonamiento; las estructuras de la mente son subsistemas que, como todos los sistemas complejos, gozan de un control coaligado, que son ampliamente autónomos, pero coordinados en el interior de un proceso unitario. La tendencia a la unidad del self, no se puede considerar en el juego de sus ingredientes sino en la procesualidad: el self es esencialmente un proceso, no es una entidad, no es una estructura, no es un conjunto de estructuras, sino el proceso que da a todas estas estructuras una configuración u organización de conjunto, es un proceso cuyo desarrollo consiste en mantenerlas siempre de alguna manera unidas.

Pero quiero referirme también a otro aspecto en el que de nuevo se presenta un self de tipo acontextual, sin referencia al contexto. Me refiero a una concepción del self muy conocida: al llamado self vacío “*the empty self*” de Gergen (1991), quien dice en su libro muy famoso el “self saturado” que el self actual se halla disuelto, es una entidad ilusoria, y lo presenta como emblema de la situación postmoderna. Creo que este es un modo de aproximarse a un problema, el de las transformaciones de la conciencia contemporánea, separándolo del contexto evolutivo y del desarrollo. Sabemos que el self, la conciencia de sí mismo era distinta hace 50 años, o en el siglo pasado, sabemos que es diversa a la de la Edad Media o del Renacimiento. Hoy tenemos una gran cantidad de datos históricos que nos permiten reconstruir también la historia de la identidad personal. Por tanto se trata de un proceso evolutivo que lleva mucho tiempo. ¿Quién nos asegura que hemos llegado a la fase culminante y que el self que hoy vivimos como self vacío sea siempre el self que ha sido siempre, que ha sido siempre una ilusión. Pero no sólo es eso, sino que este self vacío no deja de ser en cualquier caso un self agente: “agentividad”. Una agentividad en persona, que vive, que evoluciona, que mantiene todas sus características de self como proceso activo y unitario.

Desde la óptica que intento desarrollar con otros colegas desde hace muchos años prefiero ver el self como un proceso evolutivo, que tiene una historia evolutiva y que tiene una historia ontológica. Lo digo precisamente para aclarar algunos aspectos que son hoy día controvertidos. Si lo vemos como un proceso evolutivo, es decir, como una capacidad de referirse a sí mismo y a los otros que aparece a partir de ciertos primates en el interior de un mundo intersubjetivo para satisfacer las necesidades evolutivas requeridas por él. En un mundo intersubjetivo en el que es necesario hallarse siempre consensuadamente coordinados, está claro que la capacidad de individualizarse, la capacidad de poder reconstruir las intenciones de los demás, sus emociones, y de reconocer las propias, mejorará muchísimo esta coordinación consensuada. Por lo tanto desde un punto de vista evolutivo la emergencia del self es simplemente la respuesta a las presiones selectivas, evolutivas, a que le ha conducido un ambiente intersubjetivo. Precisamente por que la estructura del self es ésta, y precisamente esto es lo que me gustaría subrayar, el self en su estructura inherente para usar las palabras de Mascolo es dialéctica, en el sentido que el self siempre implica al otro. Esto se ve en términos evolutivos: en los primates las primeras manifestaciones de capacidad de individuación se hallan siempre acompañadas, son simultáneas, van paralelas a una percepción, a una apreciación de las capacidades del otro. No solo diría que el self implica siempre un sentido del otro, implica, en general, un sentido no sólo de los demás, sino de todo aquello que no es uno mismo, del mundo. El propio hecho de desarrollar un sentido de mí mismo, implica desarrollar igualmente un sentido canónico, de lo que es normativo. El hecho de desarrollar un sentido de mí mismo implica contemporáneamente que yo me sienta de cierta manera respecto al mundo al que pertenezco, respecto a la canonicidad de este mundo al que pertenezco, a la normatividad del mundo al que pertenezco. Por tanto, las categorías “alteridad”, de “otro” distinto de uno mismo, en el sentido de otras vidas, de otras personas u otras cosas distintas de uno mismo como el mundo, se hallan incluidas en la aparición del concepto mismo de self. Ésta es la razón por la que no consigo entender estos modos de plantear los problemas que a menudo se leen en la literatura, como si cuando uno habla del self excluyera a los demás. Como si el hecho de admitir a los demás, tomar en consideración a los demás implicara tener que hablar de un self fragmentario. Pienso que ambos discursos, precisamente por que son dialécticos, se dan conjuntamente. Sólo si uno tiene un sentido fragmentario del sí mismo, ve fragmentados a los demás, si tiene un sentido unitario, ve unitarios a los demás.

Me gustaría añadir todavía algo más: el self no sólo es un proceso dialéctico, sino un proceso multinivel. Se produce a muchos niveles. Yo ahora no me voy a ocupar de los niveles más bajos. Se produce, si queréis, incluso a nivel físico, a nivel biológico; a nivel biológico en todos los animales, incluidos nosotros mismos, existe un sistema unitario que nos permite distinguir entre self y no self. Pero no es ésta la cuestión que nos interesa en este momento. Vayamos a los niveles que nos

interesan. Los niveles que nos interesan en el self no sólo son, como mínimo, dos niveles, sino muchos, multimodales. En cada momento se produce un flujo continuo de lo que podríamos llamar una experiencia inmediata de sí mismo. Y en cuanto a la capacidad de lenguaje que tenemos, cabe señalar el hecho constante de tener que reorganizar en secuencias, secuencializar, la inmediatez de nuestro sentirnos vivir. Es algo que no podemos ignorar. Es la característica más grande y exclusiva que tenemos como seres humanos. Ortega y Gasset, a principios del siglo XX, decía que los seres humanos eran los únicos entre los seres vivientes que para vivir tenían que darse continuamente explicación de su existencia. Esta es la raíz del significado. Es en esta dialéctica entre estos dos niveles del self, entre la experiencia inmediata que tengo de mí mismo y la imagen consciente de mí que la asimila, la organiza y la explica. Esa es la razón por la que el self es un proceso dialéctico, multinivel y multimodal. Pero hay todavía más. Se trata de un proceso que experimenta también una evolución, una procesualidad infinita, progresa durante todo el proceso de integración, de articulación, entre el sentido de nosotros mismos y nuestra imagen. Es un proceso que no cesa, aunque llegáramos a los 125 años. Avanza desde que empezamos a vivir hasta el fin de la vida.

Ahora bien, el problema de si el self es o no fragmentario implica, y llevo al segundo punto de mi exposición, un hecho análogo e interesante en lo que se refiere al significado; o mejor dicho, en relación a lo que técnicamente se llama “*the locus of meaning*”, donde se actualiza, donde acaece, donde se produce el significado. Si el self está descentralizado el significado se produce fuera. El significado se produce sólo en la interacción conversacional que el individuo tiene con los demás. El significado se produce en la trama de conversaciones de que está compuesta la vida humana. Sólo si lo vemos como centralizado podemos decir que el significado es la manera cómo un self organiza su experiencia, constituye una manera de otorgarse coherencia y consistencia en el contexto que le pertenece. El hecho sin embargo, de ver el significado centralizado o descentralizado tiene consecuencias importantes en psicoterapia. Si imaginamos el significado descentralizado, donde el “*locus of meaning*” es externo, y por tanto reconducible a las redes conversacionales, el resultado es una externalización de los problemas; es decir: todos los problemas se externalizan y se ven como inscritos, pertenecientes a un sistema social y cultural más que al individuo. Me parece que este enfoque del tema puede resultar incluso peligroso en términos terapéuticos y médicos, porque significa aumentar la desresponsabilización que ya es muy potente en el mundo contemporáneo. Pero no es sólo eso; puesto que si el significado se halla puramente en la red conversacional entonces el procedimiento para resolver un problema, dado que un problema se identifica con un discurso problemático, consistirá simplemente en llevar a cabo la deconstrucción de aquel problema o discurso problemático durante la sesión. Es decir: me parece que éste es punto central, en el que se da una identificación entre la deconstrucción de un discurso problemático con la disolución de una experiencia

problemática. Me parece que se establece un isomorfismo entre palabras y experiencia, lo que querría decir que si cambiamos la manera en que la persona se cuenta las cosas, cambia la experiencia de aquella persona. Me parece que se trata de nuevo de una forma de reduccionismo como hemos visto otras veces en psicología, o incluso en el mundo cognitivo. Pero existen otros muchos aspectos. Si por el contrario, se reduce todo a una red conversacional una de las grandes consecuencias que podría darse es un enfoque no patologizante por parte de los terapeutas. Es lo que, por desgracia, vemos desde hace tiempo. Ya no hay categorías nosológicas, ni referencias psicopatológicas, todo se resuelve en una red conversacional; todo se resuelve en una especie de negociación o mejor convención o sintonización con las reglas sociales y culturales. Pero esto deja, a su vez, a la terapia carente de cualquier sistematicidad y al terapeuta de cualquier estrategia. La estrategia la propone prácticamente el paciente. Cada vez que el paciente viene y plantea un problema definido tendrá que ocuparse él del problema; por tanto la estrategia será la que propone el paciente momento por momento en base a las cosas que caracterizan su vida cotidiana y el terapeuta será simplemente un acompañante.

Yo creo que se abre un mundo distinto si consideramos el *locus of meaning* de una forma centralizada. Para empezar, si está centralizado, nos hallamos ante el proceso contrario: cualquier problema que traiga el paciente estará internalizado, la atención del paciente estará orientada hacia el interior. Conviene ver su forma de ordenar la experiencia. El problema viene reconducido a su modo de conseguir consistencia, coherencia en su manera de ordenar la experiencia que depende del tipo de íter de desarrollo que ha tenido. Pero también la forma de proceder creo que es distinta. En el sentido que cuando nos ocupamos en la visión más construccionista, la del self fraccionado, como un entrecruce de conversaciones, del *locus of meaning* externo, cuanto resume lo que se llama el enfoque construccionista, en el mundo del construccionismo social. Si desde la óptica psicosocial la cuestión se reduce básicamente a cambiar la conversación, hablaremos con el paciente principalmente de sus opiniones, convicciones; es decir, nos dedicaremos a trabajar simplemente a un nivel, a uno de los niveles, el de la imagen consciente de sí mismo. Si él nos da una opinión nosotros le damos otra. Esto no se diferencia prácticamente de la conversación ordinaria, de la conversación que tenemos habitualmente en cualquier parte del mundo, con mayor o menor profundidad. En la óptica centralizada no sólo todo el discurso está internalizado como problema, precisamente referido al interior, sino que la conducción del dialogo terapéutico, dado que siempre hablamos de diálogo, se hace de un modo distinto; se hace de un modo en que cada vez las explicaciones, los conceptos, las convicciones y las valoraciones del paciente se reconducen a las experiencias inmediatas que han suscitado estas explicaciones y a las que se refieren dichas explicaciones. En otras palabras: el modo de pensar y de verse el paciente se reconduce constantemente a la forma de sentirse. Y esto según mi opinión, como han puesto brillantemente de relieve en su trabajo Lenzi y

Bercelli (1999) es lo que se llama una conversación de segundo orden, distinta de la conversación ordinaria. Pero no es sólo eso, sino que el foco de este planteamiento más centralizado, en este trabajo de relacionar el nivel de explicación al nivel de experiencia inmediata, el foco recae siempre sobre las emociones perturbadoras y sobre los episodios emotivos activantes. Y sobre ello tenemos varios datos experimentales que validan y reconfortan nuestra posición.

Por ejemplo, dos autores belgas, Phillipot y Rimé (1998), han puesto de relieve en una investigación muy interesante que después de un acontecimiento emocional activante, las personas muestran tendencia a hablar de ello con los amigos. Una experiencia que nos sucede también a nosotros: hemos tenido una discusión terrible con el jefe de la oficina, y al salir tenemos necesidad de hablar de ello con la mujer, con el amigo, el portero, etc. Esta condivisión social es importante en el recuperar y hacer disminuir el estrés de la activación perturbadora. Estos dos autores han puesto de relieve que la entidad de la recuperación emocional depende de la cualidad de la condivisión social. Cuanto más se comparten las activaciones emocionales en la condivisión social, lo que las ha producido, el efecto que ha tenido sobre la persona, tanto más el efecto de permanencia de la perturbación, de la rumiación interna tiende a limitarse en el tiempo.

Igualmente, los estudios de Pennebaker (1995) ponen de manifiesto que la focalización sobre las activaciones emocionales desencadenadas por el trauma constituye la variable crucial en posibilitar la recuperabilidad de las personas que han sufrido un trauma. Es decir, cuanto más se elaboran las emociones perturbadoras que aparecen, tanto más se abrevian los tiempos de recuperación del trauma. No es una cuestión de hablar por hablar, como si conversando las cosas cambiaran, haciéndolas ver de otra manera. La cuestión que me parece fundamental es llegar a conseguir que la persona sea capaz de articular la cualidad de las emociones perturbadoras que se han activado. A esto a es a lo que llamamos conversaciones de segundo orden en nuestro método.

NARRATIVAS

El tercer argumento hace referencia a la manera de entender las narrativas. Las narrativas se han vuelto tan populares que prácticamente todo el mundo hoy se ha vuelto narrativista, al igual que todo el mundo se ha vuelto constructivista. También aquí se da una confusión que es constante en la historia de la ciencia. O tomamos las narrativas de manera descriptiva o de manera explicativa. Si la enfocamos de manera descriptiva terminaremos por identificarla con los aspectos fenoménicos. Será como identificar la narrativa con la conversación o con el relato. Pero, reducir la narrativa a conversar o a relatar es como reducir el lenguaje a las palabras, al habla, a los aspectos semánticos. El aspecto conversacional es un punto de llegada. Nuestro modo de conversar no es el punto de partida, donde empieza todo, sino de llegada. La manera de conversar de una persona depende del tipo de coherencias

emocionales, de continuidad de vida que aquella persona experimenta en su contexto de pertenencia. Es aquella forma de coherencia y continuidad que determina los temas y el modo cómo la persona desarrolla su argumento. Es una especie de producto final. Existe además otra confusión que considero importante, que consiste en establecer una identificación entre identidad e historia de vida, con la que no estoy de acuerdo. Y éste me parece un hecho extremadamente reductivo, igual que reducir el lenguaje a las palabras; donde por historia de vida se entiende siempre historia relatada. Nos hallamos siempre en el ámbito conversacional del relatar. La historia narrada es distinta de la historia experimentada, de la historia vivida. En cada uno de nosotros existen elementos de su historia vivida que no han entrado nunca en su narración, simplemente porque no los conoce; sucedieron cuando era muy pequeño o que se han producido fuera de su atención selectiva; pero que en cualquier caso han sucedido. En el sentido que han impresionado sus órganos sensoriales, su memoria implícita, sus procesos emocionales. Existe una distancia entre historia experimentada e historia narrada. Si nos interesamos solamente por la historia narrada, nuevamente continuamos ocupándonos únicamente de las imágenes conscientes que tiene cada uno de nosotros, sin tener en cuenta que las imágenes conscientes dependen en larga medida de la experiencia inmediata de sí mismo; que aquellas imágenes conscientes deben otorgar consistencia y coherencia a la experiencia inmediata de sí mismo y que, por eso, dependerá en gran medida de la cualidad de la experiencia inmediata que cada uno tiene de sí mismo y que no aparece en la historia narrada.

Pero hay todavía más. Yo no acepto la identificación entre historia e identidad ni desde el punto de vista epistemológico. Desde el punto de vista epistemológico me parece bastante claro, así como desde un punto de vista lógico. La organización de la experiencia es distinta del sujeto que la organiza; no son la misma cosa. Pero se podría considerar también en términos evolutivos y de desarrollo. El hecho de que puedan emerger memorias autobiográficas exige como prerrequisito la existencia de un sentido de sí. Por ejemplo los simios no tienen memoria episódica; para recordar un acontecimiento, en efecto, es preciso estar en condiciones de distinguir entre acontecimientos del presente y acontecimientos del pasado. Pero para poder hacer esto un simio debería gozar de un especie de acceso a sus contenidos mentales, se debería haber individualizado antes y poseer un grado mínimo de autorreflexividad. Se observa, por lo demás, en el desarrollo ontológico. El sentido básico de sí mismo el niño lo tiene ya a los nueve meses de nacer, cuando puede prestar una atención conjunta con sus padres y los primeros recuerdos de la vida se sitúan entre los dos años y medio o tres años. La aparición del sentido del self precede, por tanto, en gran medida, incluso, a la de la memoria autobiográfica.

Otro punto que me gustaría subrayar sobre el que no estoy de acuerdo tal como se concibe la narrativa, en particular en el ámbito construccionista, es el de entender la organización de la experiencia como un narrarse a sí mismo; todo reducido a

narración. Puedo estar de acuerdo con ello, pero pongámonos entonces de acuerdo en qué significa relatarse a sí mismo. Relatarse es no sólo proceso conversacional, sino que implica mucho niveles y muchos modos. Quiero decir que significa antes que nada una larga experiencia emocional. Volviendo a los autores belgas, que he citado anteriormente, Phillipot y Rimé (1998), los cuales han desarrollado un trabajo muy interesante, me gustaría señalar que los psicólogos tenemos generalmente la sensación o la idea de que los estados emocionales son estados o experiencias transitorias, huidizas, rápidas, que duran muy poco; lo cual es verdad en parte. Pero la cosa cambia si consideramos las consecuencias de un acontecimiento emocional. La cosa interesante que han subrayado estos autores es que un acontecimiento cotidiano discrepante, como por ejemplo el disgusto con el vigilante del parking, en realidad perdura largo tiempo en el individuo en términos de rumiación mental, el individuo le da vueltas y más vueltas y de condisión social: lo cuenta una y mil veces a los demás: “aquel vigilante maleducado, ¡las cosas que me ha dicho!”. Esta actividad no es pasiva, inerte, ecoica. Cada vez que una persona le da vueltas a una escena o rumia sobre ella provoca una nueva activación emocional actual, que a su vez produce feedback, con la recuperación de otros recuerdos, de otras escenas, de otras situaciones conexas, que a su vez, desencadenan nuevas reacciones emocionales. En consecuencia un simple acontecimiento emocional puede transformarse en una experiencia emocional que dura mucho en el tiempo. Imaginemos lo que puede suceder en la experiencia de narrarse a sí mismo, donde no se evoca simplemente un acontecimiento banal como el de haberse sentido mal por la discusión con el vigilante del parking. Hablamos de acontecimientos vitales que adquieren a nuestro ojos un significado diverso. Estos producen una activación emocional actual, que, a su vez, producen un sentido de mí mismo ahora, que a su vez va a reclutar, a seleccionar otros pasajes de la memoria que hasta ahora habíamos desconsiderado y que sólo al recordarlas me producen nuevas reacciones emocionales, otra sensación de mí mismo. Es, por tanto, un proceso complejo multinivel y multimodal en el que el relatarse, en el sentido del habla es sólo una de las modalidades de autorreferencialidad.

Pero hay todavía más; porque todo este estudio de las narrativas con énfasis en los aspectos conversacionales o dialógicos ha puesto en primer plano los estudios sobre la memoria, hasta el punto que, además del florecimiento de los estudios sobre la memoria, se produce la tendencia a equiparar el self a la memoria. Hay un libro de Neisser y Fivush (1994) en relación a este hecho de relatarse como elemento básico de la vida que se titula “*The Remembering Self*”. Pero yo creo que incluso en el relatarse, más que un “*remembering self*” está en cuestión como dice Brunner (1994) un “*reflexive self*”, ¿en qué sentido?. Me gustaría aquí hacer un inciso para explicar porqué llamamos a nuestro enfoque postracionalista; no porque intente negar la existencia del razonamiento; al contrario, lo consideramos de máxima importancia; pero es un punto de llegada. Cuando hago un balance de mi vida y me

conmuevo por los recuerdos evocados, estoy recorriendo el proceso que decía antes. En último término, quien cierra el discurso es el “*reflexive self*”, es el que ve las invariantes, que encuentra otras explicaciones, otros cambios de historia. No es puramente una actividad ecoica imaginativa. Por lo tanto, incluso, este hecho de relatarse es un proceso multimodal, ya en el momento en que se produce, en el que los resultados, el cierre final lo pone la actividad autorreflexiva en sentido pleno, más que el simple actividad de revocación mnemónica.

Hay todavía otras dos cosas que me gustaría señalar. La distinción entre la coherencia que hay entre una historia de vida y la coherencia de una historia literaria. Durante demasiado tiempo se ha sostenido la analogía de la historia de vida como si se tratara de una novela, de la historia de vida como análoga a un guión, a la trama de una novela; no es cierto; no es cierto que sea análoga desde ningún punto de vista, en ningún sentido, sobre todo, en relación a la coherencia; puesto que en la historia literaria la coherencia viene determinada por la trama. El autor tiene que mantener las potencialidades de la trama; la historia la desarrolla para mantener la trama. En la historia de vida no interesa la trama; en la historia de vida uno quiere mantener su continuidad y unicidad como personaje y con tal de mantenerlas es capaz de alterar la trama, hasta disolverla totalmente, hasta convertirla en una narración condensible con los demás en el contexto al que pertenece. El foco de un autor se orienta a mantener la coherencia con la trama; el de un individuo se dirige a mantener la propia coherencia. Son dos tareas totalmente diversas. Con tal de mantener la propia coherencia un individuo puede tergiversar totalmente la historia de vida que se ha contado hasta el presente, importándole poco si destruye las potencialidades de una trama que hubieran podido haberse desarrollado.

Creo que, en conclusión, la reorganización -prefiero este término al de relatarse- la reorganización de la propia experiencia de vida, y utilizo el término experiencia para subrayar esta multimodalidad, es, en primer lugar, un proceso abierto que se desarrolla durante toda la vida, que por parte del sujeto consiste no tanto en la búsqueda constante de una verdad histórica, sino narrativa. Cuando revisamos nuestra historia de vida o nos la relatamos, no estamos motivados por la búsqueda de una verdad histórica, por saber lo que sucedió realmente; estamos únicamente motivados por la búsqueda de una verdad narrativa, una verdad que nos permita reorganizar la historia, produciendo un sentimiento de continuidad, de coherencia que posibilite continuar desarrollando esta historia; no importa que esta verdad narrativa tenga poco que ver con lo que “realmente sucedió”. En esta dialéctica entre experiencia inmediata de mí e imagen consciente de mí, en esta dialéctica entre self protagonista y self narrador, el self que actúa, que es protagonista y que puede narrarse para mantener una continuidad, esta búsqueda de coherencia entre self protagonista y narrador se lleva acabo, precisamente, a través de la búsqueda de una verdad narrativa, de una posibilidad de desarrollo de nuestro iter, con independencia de cómo se haya efectivamente desarrollado. Las modali-

dades de llevar a cabo una búsqueda de la verdad narrativa depende de dos importantes variables que quiero sólo indicar y de las que depende la capacidad de secuenciación de la experiencia, típica de los seres humanos. Es decir dependen de la capacidad de integración, es decir de cambiar una configuración de acontecimientos, priva de articulación abstracta, en una sucesión cronológica, causal y temática, así como de las capacidades de concreción y abstracción que esta trama cronológica, causal y temática puede adquirir. Son estas dos variables que determinarán no sólo la manera cómo la persona busca una verdad narrativa, sino también la cualidad, la estructura y la eficacia en términos de coherencia que esta verdad narrativa conseguida de este modo podrá tener respecto al mantenimiento del sentido de sí mismo, y respecto a su continuidad. Desde esta perspectiva, las categorías de normalidad, de neurosis y psicosis podrían considerarse, en este sentido, como diversas modalidades de coherencia en la búsqueda de una verdad narrativa, determinada por el tipo de integración, abstracción y concreción.

En síntesis y para concluir con este tema de las narrativas: Yo no estoy ni muy interesado ni muy de acuerdo con los aspectos hoy día tan largamente enfatizados de tipo conversacional, dialógico, del relatarse, de la remembranza y cosas por el estilo. Lo que veo como fundamental en la narrativa es lo que he intentado decir en relación al tema del lenguaje, de la oralidad y la escritura; la narrativa puede explicarnos cómo aparece este aspecto básico de la experiencia humana, cómo surge el hecho de que nuestro modo de ordenar la experiencia es secuencializarlo siempre, como una modalidad compleja no sólo en el sentido cronológico o causal, sino también con una distinción entre interno y externo. Si profundizamos en los estudios sobre las modalidades con las que secuencializamos la experiencia creo que podremos encontrar tal vez otras modalidades de tratamiento tanto para los trastornos neuróticos, como para los psicóticos e, incluso, ¿porqué no? para aquellos que pueden denominarse existenciales. Problemas existenciales, donde, a pesar de que exista una trama narrativa bien articulada, puede existir la necesidad de una mayor integración, como una forma en que la persona tiene, igualmente, necesidad de ser ayudada a producir más recombinaciones en el interior de su trama, para poder generar nuevas soluciones, nuevos aspectos productivos para su historia de vida.

¡Muchas gracias por su atención!

Nota Editorial: Este texto es la transcripción de la conferencia presentada por Vittorio Guidano en el VI Congreso Internacional de Constructivismo en Psicoterapia, celebrado en Siena en septiembre de 1998. Se han omitido

únicamente algunas referencias circunstanciales al propio Congreso que resultarían incomprensibles para el lector y se han evitado algunas reiteraciones, redundancias o falsos inicios característicos del estilo oral, que dificultarían su lectura. Agradecemos al autor el permiso para su publicación.

Transcripción y traducción: Manuel Villegas

Referencias bibliográficas:

- BRUNER, J. (1994). The remembered self. In U. Neisser & R. Fivush (Eds.). *The remembering self*. New York: Cambridge University Press.
- GERGEN, K. J. (1991). *The saturated self*. New York: basic Books.
- LENZI S. & BERCELLI, F. (1999). Riascoltando una seduta. *Quaderni di Psicoterapia*, 4, 42-60.
- MASCOLO, M. F. & FISCHER, K. W. (1998). The development of the self through the coordination of component systems. In M. Ferrari & R.J. Stenberg (Ed.). *Self awareness: its nature and development*. New York. Guilford.
- NEIMEYER, R. A. & MAHONEY, M.J. (Eds.). (1995). *Constructivism and Psychotherapy*. Washington: APA.
- NEISSER, U. & FIVUSH, R. (Eds.) (1994). *The remembering self*. New York: Cambridge University Press
- PHILLIPOT, P. & RIMÉ B. (1998). Social and cognitive processing in emotion: a heuristic for psychopathology. In W.F. Flack & J.D. Laird. *Emotions in Psychopathology*. New York: Oxford University Press.
- PENNEBAKER, J. W. (1995). *Emotion, disclosure and health*. Washington, D.C.: APA